Durante este tiempo, Argamasilla y Covachuelo, como ya hemos dicho á nuestros lectores, merced á sus acertados pasos, habian llegado á descubrir que el manolo herido en la calle del Povar no era otro que D. Andrés de Salcedo, y el alcalde de barrio habia escrito á D. Jerónimo noticiándole que el jóven por quien se interesaba habia sido hallado en casa de una manola de Lavapiés, que le habia recogido gravemente herido delante de su puerta, y vestido, no se sabia por qué, con un traje de *majo*.

Feliciana á esta nueva se hizo la siguiente pregunta, á saber: si una jóven prometida podia ir á ver en compañía de su padre ó de otro pariente respetable á su futuro, peligrosamente herido. ¿No era una cosa impropia el que una señorita bien educada viese prematuramente á un hombre en la cama? Este espectáculo, por más que lo hiciese casto la santidad de la enfermedad, ¿no era de los que debia rehusar una vírgen pudorosa? Pero, sin embargo, ¿y si Andrés se creia abandonado y moria de pena? ¡Oh, no, seria una cosa bien triste!

—Papá, dijo Feliciana, será preciso que vayamos á ver al pobre Andrés.

—Con mucho gusto, hija mia, respondió el bueno de D. Jerónimo; iba á proponértelo.

VIII.

Gracias á su buena constitucion y á los cuidados de Melitona, Andrés comenzó á adelantar notablemente en su curacion; pudo hablar y sentarse un poco sobre la cama; al querer darse cuenta de su situacion se halló bastante embarazado.

Presumia que su desaparicion debia haber producido en Feliciana, D. Jerónimo y sus amigos una inquietud que se reprochaba no hacer cesar, y, sin embargo, no se daba gran prisa en hacer saber á su novia que estaba en casa de una linda jóven, por quien habia sido herido. Esta confesion era difícil, y no obstante era imposible no hacerla.

La aventura habia tomado proporciones dife-

rentes á las que en un principio habia él querido darle; no se trataba ya de una intriga ligera y sin consecuencias con una jóven del pueblo. El sacrificio y el valor de Mélitona la hacian cambiar de aspecto. ¿Qué diria ella cuando supiese que Andrés habia querido engañar su buena fé? La idea de la cólera de Feliciana impresionaba menos al jóven herido que la del dolor de Mélitona. Para la una se trataba solamente de una *deslealtad*, para la otra de una desesperacion.

Aquella confesion de amor tan noblemente hecha enfrente de un peligro supremo, ¿debia tener tal recompensa? ¿No era preciso que él protegiese en adelante á la jóven contra los furores de Juanelo, que podia volver á la carga y empezar de nuevo sus violencias?

Andrés se hacia todos estos razonamientos, y muchos más; mientras reflexionaba miraba á Melitona, que, sentada junto á la ventana, se hallaba cosiendo: porque, una vez pasada la turbacion de los primeros momentos, habia vuelto la jóven á su vida laboriosa.

Una luz diáfana y pura la envolvia como una caricia y se reflejaba en sus negros cabellos, recogidos en trenzas detrás de su cabeza; un encendido clavel, colocado al desgaire cerca de la sien, hacia

resaltar más su brillo. Estaba encantadora de aquel modo. Un pedazo de cielo azul, sobre el cual se dibujaban las hojas de la maceta de albahaca, huérfana de su compañera arrojada á la calle la noche del billete, servia de fondo á su deliciosa figura.

El grillo y la codorniz lanzaban alternativamente sus notas, y una ligera brisa, perfumándose sobre la odorífera planta, esparcia por la habitacion un aroma débil y dulce.

Aquella habitacion de paredes blancas, de las que pendian algunos grabados groseramente pintados, iluminada con la presencia de Melitona, tenia cierto encanto que subyugaba á Andrés. Aquella casta indigencia, aquella honrada pobreza agradaban al alma; nada más poético que aquel delicioso nido. ¡Se necesita tan poco en verdad para la vida de un sér encantador!

Comparando aquella sencilla habitacion con el departamento pretencioso de Feliciana, halló Andrés el relój, las cortinas y los perrillos de algodon de su prometida mucho más ridículos.

Un ruido de campanillas se dejó oir en la calle. Era producido por los cascabeles de las cabras que pasaban.

—Ya está ahí mi almuerzo, dijo alegremente Melitona, colocando su costura sobre la mesa; voy á

bajar para detenerles al paso; hoy tomaré un jarro más grande, puesto que somos dos y que el médico le permite á V. ya comer alguna cosa.

—No tendrá V. en mí un convidado difícil de satisfacer, respondió Andrés sonriendo.

—¡Bah! El apetito se despierta comiendo, sobre todo, cuando el pan es blanco y la leche pura; y esta que yo tomo es la mejor que hay en Madrid.

Diciendo esto, desapareció tarareando á media voz una antigua cancion popular. Al cabo de algunos minutos volvió con las mejillas encendidas, la respiracion anhelante de haber subido tan á prisa los noventa escalones de la tortuosa escalera, llevando sobre la palma de la mano el vaso lleno de una leche espumosa.

—Creo, caballero, que no le he dejado á V. solo mucho tiempo. ¡Noventa escalones que bajar y sobre todo que subir!

—Es V. viva como un pájaro. Hace un momento que esa negra escalera deberia parecerse á la escala de Jacob.

—¿Por qué? preguntó Melitona con la mayor sencillez y sin sospechar qué papel representaba en la comparacion.

—Porque bajaba un ángel, respondió Andrés,

acercando á sus lábios una de las manos de Melitona, que acababa de compartir la leche.

—Vamos, adulador; coma V. y beba lo que tenga gana; seria V. capaz de llamarme arcángel si le dejaran.

Le presentó una taza de porcelana basta, medio llena, con un pedazo de ese riquísimo pan candeal, extremadamente blanco, que sólo lo hay en España.

—Parece que no le agrada á V. mucho, amigo mio; pero, puesto que se ha vestido V. como un hijo del pueblo, preciso es tambien que se resigne á hacer un almuerzo como el que él hace: eso le enseñará á V. á disfrazarse.

Diciendo esto soplaba la ligera nata que coronaba su taza, y bebia á pequeños sorbos.

—A propósito, dijo; va V. á explicarme, ahora que puede hablar, por qué le ví en la Plaza de los Toros hecho un elegante, vestido á la última moda de París, y luego le he hallado delante de mi puerta vestido de manolo. ¿Cuándo estaba V. disfrazado, aquí ó allí? Aunque no tengo gran conocimiento del mundo, creo que la primera forma bajo la cual le ví á V. era la verdadera. Sólo en las manos se conoce que no ha trabajado V. nunca.

—Tiene V. razon, Melitona; el deseo de volverla á ver á V., y el temor de atraer sobre sí alguna

desgracia, me hicieron tomar esa chupa, esa faja y ese sombrero; con mi traje habitual hubiese llamado muy pronto la atencion en estos barrios. Con este otro no era sino sombra entre la multitud, en medio de la cual no podian reconocerme sino los ojos de los celos.

—Y los del amor, repuso Melitona ruborizándose. El disfraz de V. no me engañó un instante; creí que la frase que le dirigí á V. en la Plaza le hubiese contenido; lo deseaba, porque preveia lo que ha sucedido, y sin embargo, hubiese sentido mucho el ser del todo obedecida.

—¿Y ese terrible Juanelo? ¿Me permite V. que le haga algunas preguntas sobre él?

—¿No le he dicho á V. ya, teniendo al pecho la punta de su navaja, que le amaba? ¿No he respondido de antemano de ese modo á todo? replicó la jóven, fijando en Andrés sus ojos, en los que se leia la más pura inocencia al par que la mayor sinceridad.

Todas las sospechas que Andrés podia abrigar con respecto á las relaciones de la jóven con el torero se desvanecieron como el humo.

—Además, si con ello puedo distraerle á V., le referiré mi historia y la suya en cuatro palabras. Comencemos por mí. Mi padre, oscuro soldado,

murió en la guerra civil combatiendo como un héroe por la causa que creia mejor. Sus grandes hechos hubiesen sido sin duda cantados por los poetas, si en lugar de haber tenido por teatro la estrecha garganta de una montaña de Aragon, hubiesen tenido lugar en un ilustre campo de batalla. Mi pobre madre no pudo consolarse de la pérdida de su adorado esposo, y murió al poco tiempo, quedando yo, por tanto, huérfana á los tres años, sin otros parientes en el mundo que Aldonza, la que hallándose en un estado extremadamente precario, no podia servirme de ayuda alguna.

Sin embargo, como mis necesidades son bien pocas, he vivido del trabajo de mis manos bajo este cielo benéfico de España, que no abandona á ninguno de sus hijos; mi única distraccion y lo que me ocasionaba un gasto mayor, era la de ir á ver los lúnes la corrida de toros; porque nosotras, que no tenemos, como las señoritas de alta alcurnia, el libro, el piano, el teatro y las reuniones, tenemos casi una pasion por esos espectáculos, á la vez sencillos y grandiosos, en que el valor del hombre lucha con la ciega impetuosidad de la fiera. En una de ellas me vió Juanelo, y al punto sintió por mí un amor insensato, una pasion frenética. A pesar de su varonil belleza, sus brillantes trajes, su ex-

cesiva generosidad, jamás me inspiró nada... Todo lo que hacia, y que á otra pudiera haber conmovido, aumentaba más la aversion que sentia hácia él.

Al ver la adoracion que me tributaba, yo misma me consideraba ingrata no correspondiendo á ella; pero el amor es independiente de nuestra voluntad: Dios nos lo hace sentir cuando á bien tiene. Viendo Juanelo que no le amaba, comenzó á perseguirme, me vigiló, me espió y buscó en todas partes rivales imaginarios. Me vi precisada á estar siempre sobre mí y no dejar asomar á los ojos ni á los lábios la satisfaccion ó simplemente la simpatía que cualquiera pudiera inspirarme: una mirada, una palabra, eran para Juanelo motivo de cuestion en la que siempre corria sangre; habíame rodeado de un círculo de espanto que pronto nadie se hubiese atrevido á traspasar.

—Y que creo que he roto ya para siempre, porque no puedo suponer que Juanelo vuelva más.

—Yo creo tambien que será así, al menos por ahora, porque debe ocultarse para evitar la persecucion de la justicia hasta que se halle V. curado. Pero, y V., ¿quién es? Me parece que ya es tiempo de preguntarlo, ¿no es verdad?

—Me llamo Andrés de Salcedo. Soy bastante rico y no dependo de nadie en el mundo.

—¿Y no tiene V. alguna novia bella, rica y elegante? dijo Melitona con inquieta curiosidad.

Andrés hubiese querido no mentir, pero le era sensible decir la verdad. Dió, pues, una respuesta vaga.

Melitona no insistió, pero palideció un poco y se quedó pensativa.

—¿Podrá V. darme una pluma y papel? Quisiera escribir á algunos amigos que deben estar con cuidado con mi desaparicion y tranquilizarles sobre mi suerte.

La jóven sacó del cajon de su mesa medio pliego de papel de carta, una pluma de ave y un tintero de asta.

Algunas gotas de agua devolvieron á la negra pasta su fluidez primitiva, y Andrés pudo trazar sobre sus rodillas las siguientes líneas, dirigidas á D. Gerónimo Vazquez de los Rios:

«Mi futuro suegro:

»No esté V. con cuidado por mí; un accidente, que no tendrá graves consecuencias, me retiene por algun tiempo en la casa en que se me ha recogido. Espero, dentro de algunos dias, poder ir á ponerme á los piés de doña Feliciana.

»ANDRÉS DE SALCEDO.»

Esta carta, un tanto maquiavélica, no indicaba las señas de la casa, no precisaba nada y dejaba al que la habia escrito en condiciones de colorear más tarde las circunstancias á su antojo; era bastante para calmar los temores del buen hombre y de Feliciana, y dar tiempo á Andrés, quien no suponia á D. Gerónimo tan bien instruido, gracias á la sagacidad de Argamasilla y Covachuelo.

La tia Aldonza llevó la misiva al correo, y Andrés, tranquilo ya por esta parte, se entregó sin reserva á las poéticas y dulces sensaciones que le inspiraba aquella pobre habitacion, alegre y deliciosa con la presencia de Melitona.

Experimentaba esa alegría pura é inefable del amor verdadero que no procede de ninguna convencion social, en la que por nada entran la satisfaccion del amor propio, el orgullo de la conquista y las quimeras de la imaginacion; de ese amor hijo del feliz consorcio de la juventud, la belleza y la inocencia, de esta sublime trinidad.

La brusca confesion de Melitona, á decir de los que paladean el amor como un helado, á pequeñas cucharadas, y esperan para saborearle mejor..... á que esté derretido, hubiera debido halagar á Andrés y deleitarle más, haciéndole pasar por esas encantadoras gradaciones, que no con aquella rapidez

casi salvaje. Una mujer del gran mundo hubiese preparado por espacio de seis meses el efecto de esa frase; pero Melitona no pertenecia al gran mundo.

D. Jerónimo, así que hubo leido la carta de Andrés, la llevó á su hija, y la dijo con aire de júbilo:

—Ten, Feliciana, una carta de tu prometido.